

# «Me consoló el lema del pazo de Fefiñáns: "Osar morir da la vida"»

Maestro del cuento en lengua castellana, a sus 84 años publica en Alianza un nuevo libro de relatos,  
«La divisa en la torre»

**Ramón Loureiro**

Hay, en Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923), algo que une no sólo su narrativa, sino en realidad su persona toda, a los territorios más hondos que la emoción. Podría decirse que para él es una manera de existir la habitación de esos sentimientos que por lo general se mueven entre las sombras, pero que asoman invariablemente su rostro cuando al corazón no le queda otro remedio que prescindir de la impostura... porque ya empieza a sangrar.

*-¿Cuánto hay en sus libros de invocación?*

-Mis libros invocan a los dioses ocultos que alimentan al poeta, todos esos dioses misteriosos que provienen de mi sangre y de mi ascendencia, de mis sentimientos más íntimos. Yo invoco en mis libros, y en algunos de ellos de manera muy explícita, como en el poemario *Del monte y los caminos*, a mis antepasados, que son los que me dieron su savia, que eran gente humilde que trabajaba el hierro. Estoy orgulloso de que ellos trabajasen una materia noble y dura como es ese metal. Eran ferreiros en las montañas de A Fonsagrada, en Galicia, en la provincia de Lugo. En un lugar de bellísimo nombre. Ferreiros a los que un gran amigo mío, Álvaro Ruibal, llamaba ferranxeiros...

*-¿Dónde reside el secreto de los cuentos?*

-¡Es muy sencillo...! Ese secreto consiste nada menos que en saber una buena historia y en saber también contarla con brevedad pero con trascendencia.

*-¿Existe una realidad más allá de la poesía?*

-Para el poeta, no existe otra realidad al margen de la poesía. Porque la realidad más tosca, la de la vida cotidiana, aparece solapada con esa mirada que el poeta tiene. Y que transforma lo que en el primer momento le dicen sus sentidos, para darle la dimensión inefable de la poesía. No me preguntes mucho más sobre ese tema, porque justamente es inefable... Es decir, lo que muy difícilmente se puede explicar con palabras.

*-En este libro nuevo de cuentos, una vez más está Galicia muy presente. En el primero de los relatos que lo componen, ya aparece el pazo de Fefiñáns, en Cambados...*

-Sí. Y déjame que te diga, hablando del pazo de Fefiñáns, que allí fui yo muy bien recibido, en una tarde inolvidable en que se probaba y se embotellaba la cosecha del albariño, ese vino ligero, frutecido, dorado, que me enamoró. Como me enamoró el espíritu de los moradores de ese pazo, que estaban orgullosos de un lema que campea en la torre del edificio, y que dice «Osar morir da la vida». En aquel momento de mi existencia, cuando yo era ya un hombre desengañado y casi desahuciado, ese lema me dio fuerzas para seguir viviendo. Ciertamente, desde entonces pasaron muchos años, viajé por medio mundo, escribí libros y no creo haber plantado árboles ni engendrado hijos, aunque esto último nunca se sabe, al menos de tiempo en que no había pruebas de paternidad. Pero la divisa de la torre de Fefiñáns me sirvió en todo momento y me consoló ante la vida. Además, a donde yo nací, el aire y las palabras de Galicia ya me llegaron desde la infancia.

*-¿Qué es lo que sólo puede conocerse a través de la intuición?*

-La intuición permite conocer los misterios que se escapan al razonamiento científico.

*-¿Para qué sirve la tristeza?*

-La tristeza puede servir para que uno se encuentre a sí mismo, pero con cuidado de no caer en la paradójica satisfacción de estar triste, porque eso conduce a la melancolía. Para los espíritus débiles supone un peligro.

*-¿En qué no quiere pensar jamás?*

-No me gusta pensar en la muerte. Y si alguna vez tengo que pensar en ella, envidio a la lengua de Galicia, que al momento de la muerte lo llama, con hermosura, o pasamento.

Pereira inició su muy brillante camino por los mundos de las letras publicando versos en revistas como Espadaña y Alba, en la España de posguerra. La narrativa todavía vendría mucho después...

*-¿Pero cómo se aprende a contar, Antonio?*

-A contar se aprende escuchando.

*-Y usted ha escuchado siempre...*

-A mí me gustaba, ya de niño, escuchar lo que se contaba en la ferretería de mi padre, en Villafranca. Ya en la infancia me gustaba sentir a los vecinos, lo que contaban el sastre de al lado, el hojalatero de enfrente, y sobre todo lo que narraban, a veces con amargura, aquellos paisanos míos que desde sus montañas bajaban a la villa a través de malos y peligrosos caminos para ver al médico o para ir a la botica o al abogado, y que hablaban y hablaban de sus problemas con aquellas voces que para mí suponían la intuición de una vida difícil, que los poderosos no sabían reconocer.

*-¿Qué nos traerá el futuro, qué habrá cuando la luz se apague...?*

-El futuro empieza todos los días y a una velocidad de vértigo que a mí, al menos, me cuesta mucho trabajo seguir. Los aparatos técnicos, la familia, las costumbres, las tendencias literarias, todo va tan deprisa que uno tiene que correr detrás con la lengua fuera. Cuando por fin la luz se apague yo quedaré agradecido a quien le dé al interruptor.